



CON LOS OJOS

del

Corazón

ANNE MARIE WARREN



1° Edición Noviembre 2020

©Anne Marie Warren

CON LOS OJOS DEL CORAZÓN

©2020 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

*Dedicado a mí hermano mayor.
Te fuiste sin decir adiós, una triste mañana de in-
vierno.
Y a ti, Sara, por ser mi lectora número uno.
Siempre quisiste ser una heroína y vivir mil aventuras.
Aquí tienes la tuya.*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de la autora](#)

[Notas](#)

Prólogo



Costa de Cornualles, Inglaterra. 1812

Nada estaba saliendo como lo había planeado.

Para empezar, el agreste tiempo de Cornualles había empeorado desde que había amanecido, sin que pareciera que fuera a mejorar en las próximas horas. Es más, el viento iba cogiendo fuerza a cada minuto que pasaba, mientras la lluvia amenazaba con caer a raudales en cualquier instante.

Una desafortunada coincidencia que no traía buenos presagios a la boda que estaba a punto de celebrarse. Quizás, si no se hubiera tenido tantas prisas para fijar la ceremonia, se hubiera podido officiar en un mes donde el tiempo hubiera sido más clemente.

Tal vez, entonces, el sol hubiera acompañado a la novia en este día tan señalado, y esta ya se habría dignado a presentarse en la pequeña capilla familiar. Dicho retraso estaba comenzando a impacientar a más de uno, que de forma automática miraba sin disimulo hacia las puertas cerradas de la capilla.

Sin embargo, para lord Clayton Stanford esta tardanza no resultaba excesiva al tratarse de poco más de veinte minutos, por lo que en su semblante no había rastro de preocupación o dudas. Conocía de sobra a su prometida *lady Elizabeth Morrison* y sabía que ese retraso estaba justificado. De hecho, hacía años que trataba a *lady Elizabeth* y es-

taba seguro de que su demora se debía a su empeño en estar perfecta para el día de su boda.

Una impresión que no compartían la mayoría de los invitados, pues, aunque se trataba de la más selecta representación de la aristocracia local, así como de un buen puñado de nobles e invitados destacados de Londres, no dejaban de murmurar con descaro al estar aburridos, inventando una tras otra toda clase de historias ridículas que justificaran el retraso de la dama.

Aunque solo un pequeño detalle inquietaba a Clayton, pues si bien la novia tenía justificación para su retraso, su hermano Henry no lo tenía. Como único familiar que le quedaba con vida tenía la obligación de estar a su lado, a pesar de que en el último año su relación hubiera empeorado.

Clayton aún se preguntaba qué le había sucedido a su hermano pequeño para que se fuera apartando poco a poco de él, ya que siempre se habían mantenido muy unidos considerándose no solo hermanos, sino también los mejores amigos. Si además se tenía en cuenta que en los últimos días Henry se había mostrado más abatido y huraño de lo normal, todo indicaba que su ausencia se debía a algún tipo de problema por el que Henry estaba atravesando.

Suspirando, Clayton decidió que nada conseguiría estropear su boda, al tratarse de un día que llevaba deseando durante demasiado tiempo.

Decidió que ni la falta de su hermano Henry, ni los comentarios maliciosos de sus invitados lo perturbarían, a pesar de que el rugido del viento golpeando la fachada y el sonido del mar bramando a lo lejos, conseguían inquietar hasta al más regio de los presentes.

Quizás, ambos elementos sabían que algo nefasto estaba a punto de suceder, y trataban con todas sus fuerzas de avisar de dicho desastre.

De pronto, las puertas de la capilla se abrieron de golpe causando un gran estrépito, por lo que todos los presentes se volvieron de inmediato. Como era de imaginar, todos ellos esperaban encontrar en el umbral a la esquivia novia, dispuesta a casarse con el soltero más cotizado de las cercanías y que la esperaba bien erguido frente al altar.

Pero cual fue la sorpresa cuando ante ellos solo apareció un hombre alto de unos cincuenta años y un poco entrado en carnes. Solo unos pocos sabían que dicho hombre era el mayordomo de Clayton, que respondía al nombre de señor Johnson.

Tras una rápida mirada del individuo, este se irguió al ver a su empleador al fondo, y sin más dilación comenzó a caminar decidido hacia él. No tardaron en renovarse los susurros que aumentaban a su paso, pues si ya era extraño que *lady Elizabeth* se retrasara tanto, más insólito era que el mayordomo se presentara taciturno y asustado.

—Lord Stanford, tengo que informarle....

—Baje la voz, señor Johnson —lo interrumpió Clayton ante el estado alterado de su mayordomo y las miradas curiosas que los observaban—. Ya he escuchado suficientes comentarios por un día y no quiero que estos aumenten con lo que me tiene que decir.

—Disculpe *milord*, tiene usted razón. Es solo que no le traigo buenas noticias.

Por algún motivo, Clayton no se alteró al escuchar esas palabras, quizás porque una parte de él sabía que algo extraño estaba ocurriendo. Una parte que no quería escuchar, pero que cada vez gritaba con más insistencia.

Tras unos segundos que parecieron eternos, Johnson logró encontrar el valor que le faltaba y, tras agachar la cabeza al no poder soportar la mirada fría de Clayton, carraspeó y comenzó a hablar en voz baja para que nadie lo escuchara.

—Temo comunicarle que *lady Elizabeth* ha desaparecido.

Johnson no estaba seguro de cómo reaccionaría su señor, pero nunca imaginó que, simplemente, permanecería rígido sin hacer o decir nada. Con una intranquilidad que cada vez se hacía más patente, el mayordomo se movió incómodo y, tras decidir que quizás se había quedado paralizado por culpa de la impresión, decidió continuar con la historia.

—La hemos buscado por toda la mansión, pero no hemos podido dar con ella. También hemos comprobado los establos y no falta ningún caballo, por lo que no sabemos qué ha podido suceder.

—¿Y mi hermano? ¿Alguien lo ha visto?

—¿Su hermano, *milord*? —le preguntó extrañado el señor Johnson, mientras miraba a su alrededor como si esperara encontrarlo a solo unos pasos.

—¿Sabes dónde puede estar Henry? —La voz cada vez más ronca de Clayton empezaba a asustar al señor Johnson, aunque lo que más le perturbaba era la mirada furiosa que trataba de disimular.

—No, *milord*, no lo hemos visto cuando hemos inspeccionado la mansión. De hecho, creía que estaba en la capilla con usted.

Dando la conversación por terminada, Clayton comenzó a alejarse del altar, sabiendo que ese día no se celebraría ninguna boda. Con paso firme comenzó a caminar por el pasillo central, dispuesto a poner fin a cualquier plan que Elizabeth o Henry hubieran planeado.

Era estúpido pensar que la desaparición de ambos era una simple coincidencia, más aún cuando se trataba del día de su boda. Aun así, una pequeña parte de él se negaba a creer que las dos personas que más quería lo habían traicionado, por lo que decidió que no llegaría a ninguna conclusión hasta que no lo viera con sus propios ojos.

Haciendo caso omiso de los murmullos que se iban acrecentando a su paso, Clayton siguió caminando hacia la puerta de la capilla, siendo seguido de cerca por su mayordomo. Ningún invitado se atrevió a cerrarle el paso para pedirle explicaciones, aunque solo hacía falta mirar el rostro nervioso del mayordomo y la glacial mirada de Clayton para saber que algo grave estaba sucediendo.

No tardaron mucho en atravesar los escasos metros que separaban la vieja capilla de los Stanford de la mansión Calstock, sobre todo, porque Clayton caminaba impulsado por su rabia. Aun podía recordar la noche anterior cuando había encontrado a Elizabeth saliendo de la capilla, ya que había estado supervisando que todo estuviera perfecto.

Su dulce y sexual voz le había reprochado que la hubiera buscado, pues según la tradición, daba mala suerte que el novio viera a la novia un día antes de la boda. En ese momento, él se había reído y había intentado besarla, pero Elizabeth se había apartado recordándole que era algo indecoroso.

Siempre había pensado que la falta de sentimentalismo en su relación se debía a la rectitud de Elizabeth, pero ahora se preguntaba si habría algo más que explicara la falta de interés de su prometida por sus besos.

Le resultaba absurdo e imposible de imaginar a su sofisticada, moralista y pura Elizabeth urgiendo un plan para abandonarlo, más aún cuando el hombre que le suplantaría era su hermano. Solo con pensar en ello le entraban náuseas, por lo que comenzó a repetirse una y otra vez que solo era una casualidad que ambos hubieran desaparecido.

Decidido a resolver todo este misterio siguió caminando, sin que el viento con sabor a sal se atreviera a interponerse en su camino.

Cuando estaba a pocos pasos de la mansión escucharon la voz de un hombre, consiguiendo que tanto Clayton como el señor Johnson se parasen en seco y se giraran. En un principio, Clayton había creído que la voz que escucha-

ba era la de su hermano llamándolo, pero pronto descubrió que estaba equivocado.

Empujado por un viento que cada vez golpeaba con más fuerza pudo observar cómo un hombre alto y delgado se les acercaba a toda prisa, seguido de cerca por un grupo de pescadores. El hombre venía corriendo mientras gritaba y agitaba su desgastada gorra, dando la impresión de que los estaba buscando para comunicarles algo urgente.

Clayton no tardó mucho en reconocerlo, al tratarse de uno de los muchos pescadores que vivían como inquilinos en las casas que la familia Stanford alquilaba. Se llamaba Peter White y lo había visto crecer, pues ambos tenían edades parecidas, solo que uno era el hijo del conde y el otro el de un humilde pescador, por lo que pocas veces habían hablado más de cinco minutos, y siempre de temas relacionados con las condiciones del arrendamiento.

Aun así, era evidente que el hombre estaba preocupado, pues nada más acercarse era visible la agitación que escondía en su mirada y que nada tenía que ver con la fatiga que demostraba al haber llegado corriendo.

—Lord Stanford —lo llamó por última vez antes de pararse ante él con la respiración entrecortada—. Le traigo noticias, *milord*.

Clayton se le acercó mostrando el ceño fruncido, pues en ese instante estaba luchando ante la posibilidad de salir corriendo o quedarse. Sabía que si se quedaba tendría que escuchar malas noticias y, posiblemente, debería enfrentarse a serias repercusiones que le cambiarían la vida. Pero, por otro lado, sabía que salir corriendo no solucionaría nada, pues solo conseguiría posponer lo inevitable.

Aun así, le resultó imposible decir una sola palabra, mientras observaba al pescador nervioso estrujando su gorra con sus manos. Prueba inequívoca de que traía malas noticias.

Tuvo que ser el señor Johnson el que rompiera el silencio, teniendo que alzar la voz para que pudieran oírlo sobre el rugido furioso del mar

—Quizás él sepa dónde está su prometida.

Clayton, simplemente, asintió con la cabeza sin dejar de mirar a Peter, el cual parecía esperar el consentimiento del conde para hablar.

—*Milord*, he venido tan pronto como he podido —le dijo con un tono de voz lastimero que sonaba a disculpa—. Estaba asegurando los amarres de mi barca para que no se la llevara la tormenta, cuando vi a un hombre y a una mujer subirse a un bote.

Durante unos segundos, Peter White calló, como si esperara a que Clayton lo avasallara a preguntas. Por desgracia, a Clayton se le había cerrado la garganta resultándole imposible decir una sola palabra.

Desde que el mayordomo entró en la capilla sabía que algo malo había pasado, pero jamás hubiera pensado que hubiera vidas en juego.

—No pude ver muy bien a la mujer, solo observé que llevaba puesto un vestido blanco. Respecto al hombre... — Se mantuvo en silencio durante unos segundos—. Se trataba de su hermano.

—¿Estás seguro? —La voz ronca de Clayton se escuchó con claridad sobre el rugido del mar.

—Sí, *milord*. Los vi con toda claridad.

La confirmación de su mayor temor se hizo realidad con esas simples palabras, consiguiendo que el corazón de Clayton se rompiera en mil pedazos. No solo resolvía la duda de dónde se encontraba su prometida, sino que le ofrecía la prueba que tanto temía de la traición de ella y de su hermano.

Una traición que se veía acentuada al ser tan estúpidos de poner sus vidas en juego, al adentrarse en el mar en

una simple barca poco antes de una tormenta. ¿Acaso era tan mala persona que no pudieron hablar con él antes de perpetrar este engaño? ¿O es que pensaron que no les escucharía y seguiría adelante con la boda?

Clayton sintió cómo su corazón se retorció hasta convertirse en una piedra dura y oscura que inundaba su pecho de pesar, furia y malos presagios.

Sabía que el tiempo estaba en su contra si quería encontrar a la fugitiva pareja, antes de que el mar les hiciera rendir cuentas por sus actos. Por ello, decidió que lo más importante en ese instante era encontrarlos, antes de que fuera demasiado tarde y su imprudencia les costara la vida.

Decidido, se dirigió hacia el acantilado mientras se repetía una y mil veces que Henry daría media vuelta si comprobaba que el mar se había vuelto peligroso.

A cada paso que daba el viento parecía que más arremataba en su contra, pero fue la visión del mar desde el acantilado lo que provocó que el temor de Clayton se disparara. Un temor que se volvió pesado y frío, pues hasta entonces había albergado la esperanza de que el sentido común de Henry los hiciera volver.

Pero ante él solo se encontraba un mar enfurecido, que bramaba rabioso sobre las rocas dispuesto a arremeter ante cualquier intruso. Aun así, Clayton no perdió la esperanza y buscó un pequeño punto blanco en la lejanía que indicara la presencia de un bote.

Por desgracia, ante él solo pudo observar cómo la tormenta se les acercaba, del mismo modo que se cernía sobre sus hombros la oscuridad de la noche y la certeza de una catástrofe.

—Quizás han podido alcanzar otra cala —comentó el señor Johnson a su lado, aunque el silencio del pescador y de los demás presentes que los acompañaban indicaban que era algo poco posible.

Ellos conocían el mar, y sabían cuándo era el momento de actuar y cuándo el de rezar. Con las gorras en las manos y las cabezas gachas los presentes comenzaron a implorar a un Dios que parecía reacio a escucharlos, mientras Clayton se resistía a dejar de contemplar la lejanía a la espera de un milagro.

Conforme los minutos fueron pasando y los presentes más se lastimaban de la mala suerte de su señor, Clayton más sentía que se enfurecía.

Poco a poco, el resentimiento comenzó a crecer en su interior al comprender que ese día había perdido a su familia, pues tanto Elizabeth como Henry eran lo único que le quedaba. Pero lo que más le dolía era que su hermano no había confiado en él y había preferido el engaño, la traición y el peligro antes que la honestidad.

Un sentimiento pesado y oscuro se instaló en su corazón, cerrando con ello la comprensión y el perdón, así como las lágrimas que pujaban por derramarse. Ni una sola de sus lágrimas se merecía ser desperdiciada por ninguno de los dos, pues ambos habían hecho su elección abandonándolo. Se había quedado solo en ese viejo rincón de Cornualles, como castigo por un pecado que desconocía.

—¿Qué hacemos, *milord*? —La pregunta de Peter White lo sacó de sus pésimas cavilaciones, y observó con semblante pétreo cómo los presentes contemplaban el mar sin ningún atisbo de esperanza por la pareja.

—Solo podemos esperar, señor White. En unos días el mar los escupirá, vivos o muertos.

Y, sin más, se dio la vuelta y se alejó sin saber que, justamente, dos días después uno de ellos aparecería flotando muerto entre las rocas, mientras que el otro sería expulsado vivo.

Quizá el destino le había perdonado la vida a uno de ellos, pero eso no impediría que se librara del infierno de

los remordimientos, del mismo modo que Clayton tampoco se libraría.